

el inmenso conjunto de sus obras imperecederas se pudiera escribir tan sólo como empresa de su escudo: *Dios y patria*.

La generación presente de poetas, o mejor dicho, los poetas de última hora que han cantado en el árbol rápidamente envejecido de *la decadencia*, no comprendieron ni siquiera adivinaron a POMBO. Apenas leves rumores les llegaban de su multicorde lira; y era bastante difícil que se dieran cuenta de que la verdadera poesía había perdido con él al más ferviente sacerdote de su templo.

LUIS MARÍA MORA

DISCURSO

DEL SEÑOR DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO,
EN REPRESENTACIÓN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
ANTE EL CADÁVER DE RAFAEL POMBO

Esta fúnebre ceremonia encierra doble tristeza: al propio tiempo que confiamos a la tierra los despojos mortales de RAFAEL POMBO, ponemos la losa del sepulcro sobre una época gloriosa de que él era el último representante. Aunque voluntariamente separado del trato del mundo y casi murado en su retiro de asceta, era un consuelo saber que estaba allí; y que aún era posible estrechar la mano temblorosa que supo arrancar del arpa enjambres de imperecederas armonías. El volcán que ardió en su corazón y se derramó sobre el mundo en torrentes de lava, había entrado, tiempo hacía, en el sosiego final; pero su mente lanzaba aún, de vez en cuando, esos fugaces y vivos destellos, que son como la postrera y melancólica despedida de una luz moribunda. Ya todo acabó; ya el poeta entró en el silencio eterno; ya el rayo hirió la frente del cedro majestuoso, en cuyas ramas se posaron para aprender a cantar tantas generaciones de poetas, heraldos de la juventud!

En torno del féretro de Pombo se agrupan todos los colombianos, sin distinción de parcialidades, porque él era una de esas escasas figuras, de significación nacional, que logran desarrollar unánimes movimientos de admiración y simpatía. No esperó el pueblo colombiano a que la muerte transfigurara la imagen del poeta para rendirle el supremo homenaje; vivo aún, ciñó sus sienes con el lauro triunfal y lo envolvió en los esplendores de la apoteosis. A este funeral está presente la patria, que él amó tanto, cuyo renombre dilató por remotas regiones, a la cual sirvió como hijo fiel y como digno ciudadano; aquí está la musa del canto, que murmuró a su oído esas hondas y penetrantes armonías, con que él supo hechizar los corazones; en torno del poeta muerto se agrupan llorosas todas esas figuras ideales de mujer, que él supo evocar de los limbos de la imaginación con la blanda música de sus versos; y que envueltas en cándidos cendales y ceñida la frente con nimbo de estrellas, lo acompañan en su ascensión a las esferas de la inmortalidad. Y mezclados con los trenos de dolor, pareceme escuchar los dulces gorjeos con que coros de niños celebran la gloria del anciano cantor, del abuelo espiritual, que puso su excelsa musa al alcance de sus entendimientos infantiles y pobló su fantasía de imágenes risueñas.

POMBO era el augusto emperador de la lira colombiana. Su genio multiforme y audaz recorrió todos los géneros, con pasmosa facilidad, y ya remontándose a las más altas regiones de la poesía filosófica; ya jugueteando, como leve mariposa, con la niñez, supo ser grande y original en el fondo, brillante y nuevo en la forma. A nadie imitó, porque una inspiración tan personal como la suya, no podía sujetarse a seguir ajenas huellas; pero su poesía, tan nueva en nuestra lengua, tiene aire de familia con la de varios de los más grandes vates extranjeros; y por ella circulan brisas de la primavera del Norte, y cálidos efluvios de los trópicos. Fue el caballeresco cantor de la mu-

jer; y para celebrar sus hechizos pidió al arpa los sones más puros y etéreos; los versos de más exquisita resonancia. Muchos de ellos fueron escritos con sangre del corazón, y revelan la trágica lucha del ángel desterrado a mezquina prisión de arcilla y que siente infinita nostalgia al ver lucir los resplandores de la estrella de la mañana. La naturaleza tuvo para Pombo misteriosas revelaciones y le entregó la clave de su hondo simbolismo; pero él no concibió el Paraíso solitario, sino como cuna y trono de la Eva de sus ensueños.

Para algunos hombres de criterio positivista, la desaparición de un poeta puede ser acontecimiento de escasa trascendencia social; y sin embargo, cuán pocas veces goza la humanidad de la presencia de uno de esos grandes intérpretes del mundo ideal, a quienes Dios hace subir a las cumbres del Sinaí, para enseñarles el verbo formidable; y que de allá descienden con la faz llena de resplandores y los labios henchidos de cantos proféticos! Y cuán grandes y nobles aspiraciones satisfacen los que, ungidos por la mano de Dios, cruzan el mundo hablando a los hombres de cosas puras y bellas, y despertando en las almas anhelos de una vida mejor, aspiraciones a la hermosura perfecta! El vate es representante del pasado, voz sonora del presente, augur de lo por venir; el corazón le cuenta sus secretos y se deja explorar fibra por fibra, ábrele la naturaleza sus arcanos y la ciencia lo favorece con inexplicables adivinaciones. Las flores le sonríen y le hacen perfumadas confidencias. Los árboles seculares del bosque le tienden sus brazos musgosos para que en ellos enrede los bordones de su arpa, y las estrellas le dicen secretos que no ha logrado descifrar el resto de la pobre humanidad en siglos de estática contemplación ante la silenciosa majestad del firmamento.

Descansa en paz, hombre bueno, soñador, idealista, que tuviste fe ciega en la eficacia de las ideas y en el poder civilizador del arte; que no cerraste tu pecho a la esperanza; que apegaste tu corazón a tantas cosas que el mundo

frívolo mira con desdén, como anticuadas e inútiles; que por muchos aspectos fuiste un digno discípulo del insigne caballero don Alonso Quijano el Bueno, pues como él, apenas tuviste asilo que ofrecer a tu grande alma, la cual anduvo siempre inquieta y desasosegada en tan estrecha mansión; y a semejanza del hidalgo de la Mancha, tú que eras tan manso e inofensivo, supiste empuñar la lanza para salir a la defensa de los débiles, de los pequeños, de los fracasados; y velaste, como intrépido paladín, al pie de tu señora Dulcinea, de tu dama inmortal, la Poesía!

Descansa en paz, tú que fuiste tan descuidado con tu propia gloria, que dejabas rodar entre el polvo del olvido diamantes desprendidos de tu corona; y eras en cambio solícito por la fama ajena, y te complacías en reflejar rayos de tu ingenio sobre frentes humildes y en realzarlas con gajos de tu laurel.

Descansa en paz, tú que tuviste en la juventud una "hora de tinieblas," pero que supiste prepararte durante el resto de tu vida para gozar en la hora postrera de la visión radiosa de la inmortalidad; tú, que jamás confundiste el bien con el mal, ni adoraste a Belial como ángel de luz, sino que tuviste certeza del destino providencial del hombre, e inclinándote ante el misterio, hallaste solución a los enigmas del universo en el símbolo de fe que te enseñó tu madre.

Descansa en paz, tú que nos has dado tantas horas de goce espiritual; que no dejas un solo verso en que la bestia carnal haya marcado su triste huella, y sí muchos en que resuenan voces angélicas.

Descansa en paz, escuchando el *requiem* que te canta el Niágara soberbio, que hiciste tuyo por derecho de conquista, y que parece que humilla su melena de león apocalíptico ante ti, su cantor inmortal.

